



EL M. I. Sr.

DON EMILIO SANCHEZ MARTIN

Arcediano de la S. A. I. Catedral, Presidente de la "Editorial Católica Abulense,,

Ha fallecido en el día de ayer

A los 70 años de edad

Habiendo recibido los Santos Sacramentos
y la bendición Apostólica de S. S.

D. E. P.

*Los Excmos señores Obispo de la Diócesis y Cabildo Catedral;
la "Editorial Católica Abulense"; su hermano don Eleute-
rio Sánchez Martín; sobrinos don Emilio A. Sánchez Mar-
tín (Párroco de Gotarrendura), don Felicísimo, Madre
Maria de la Virgen de la Vega (Religiosa Reparadora), don
Narciso y demás familia,*

Participan a sus amistades tan sensible pérdida y les ruegan asis-
tan los días 16 y 17 a las diez y media de sus mañanas, a las misas
de entierro y honras que en sufragio del eterno descanso del alma del
finado se celebrarán en la S. I. Catedral, por cuyo favor les quedarán
eternamente agradecidos.

Avila 14 de Marzo de 1936.

Los Excmos. Sres. Obispos de Avila y Salamanca han concedido indulgencias en la forma acostumbrada

El cadáver recibió cristiana sepultura en la tarde del día de hoy.

UN CENTENARIO

CIENCIA HISPANA

Vemos pasar los días y acercarse la fecha en que se debiera celebrar con gran pompa el centenario de la muerte de San Isidoro sin que nadie se preocupe de glorias pasadas.

Por nuestra parte queremos continuar el homenaje que la humildad de los medios a nuestro alcance nos permite hacer al gran sabio y al santo español.

De su ciencia—tema del presente artículo—dice su discípulo San Braulio, «que nada se le ocultó ni en lo divino ni en lo humano. Penetró todas las ciencias; las recorrió todas. No hubo escritor sagrado ni profano que se ocultara a su diligencia». Por todo esto, «Concilio hubo que le celebró con los magníficos dictados de Doctor egregio, esplendor de la Iglesia Católica, doctísimo y digno de veneración en todos los siglos».

«Isidorus, noster Varro; Isidorus, noster Plinius».

Es verdad que, como dice Menéndez y Pelayo, «Colocado—San Isidoro—entre una sociedad agonizante y moribunda y otra todavía infantil y semisalvaje... nada pudo inventar». Es cierto; pero el mismo citado polígrafo apunta que con el método observado en sus obras crea una ciencia nueva: «toma de otros las piedras y él levanta la fábrica».

Era difícilísimo en su tiempo adquirir un libro y esto hace resaltar el beneficio que San Isidoro prestó a la Humanidad con su acción investigadora y de recopilador. San Isidoro

nos transmite en sus obras, que no se reducen a la tan conocida sobre las «Etimologías» sino que se extienden a todas las ramas científicas y doctrinales, todo el saber latino. «Escribe compendios, brevarios y resúmenes de cuantas materias pueden ejercitar el entendimiento humano, desde las más sublimes hasta las más técnicas y manuales; desde el obtruso océano de la Teología hasta los instrumentos de las artes mecánicas y suntuarias; desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que crece en la pared. La serie de sus obras, si metódicamente se leen, viene a constituir una inmensa enciclopedia en que está derramado y como transfundido cuanto se sabía y podía saberse en el siglo VII, cuanto había de saberse por tres o cuatro siglos después, y además otras infinitas cosas, cuya memoria se perdió más adelante.»

Hemos hilvanado este artículo con frases y párrafos de distintos autores, todos autorizados, que juzgan y critican la labor benedictina de nuestro San Isidoro, verdadero padre de la cultura medieval. Insistimos en nuestro llamamiento a las entidades culturales abulenses para que tributen un homenaje a esta gran figura de la ciencia hispana.

Podía consistir dicho homenaje en un concurso de trabajos histórico-literarios sobre la Edad Media de la Historia de España de España, al que acudieran los estudiosos alumnos de los centros docentes de esta localidad y de la provincia.

CARTA ABIERTA

«Círculo Cultural Mercantil»
Arévalo, 13-Marzo-1936.

Sr. Director de EL DIARIO DE AVILA.

Distinguido señor mío:

Adjunto le remito, tomándome la libertad que usted sabrá perdonar, de unas cartillas en las que contesto a la carta abierta que con el título de «EN TORNO A UN CONCURSO» y con fecha 11 de los corrientes ha publicado en ese diario de su dirección don Manuel Castel Romero, esperando que su amabilidad, preste la acogida que por lo justo del caso en mi opinión merece, y las publique por tanto en el periódico de su dirección, por lo que, le comunico anticipadamente mi agradecimiento.

Con este motivo me ofrezco de usted suyo afmo. s. s. q. e. s. m.

Alberto Zancajo Osorio.

EN TORNO A UN CONCURSO

A don Manuel Castel Romero.

Muy señor mío: A la vista la carta abierta que con su firma apareció el pasado día 11 de los corrientes en este mismo DIARIO, contesto a ella sin ánimo de entablar polémica, ya que nuestras costumbres de no admitir más críticas que las dirigidas por los socios que componen este «Círculo Cultural» me lo vedan y únicamente

por cortesía ya que estoy convencido de que la carta a que contesto está informada toda ella si nó de un espíritu soberbio, por lo menos del agri dulce de una sensibilidad herida, o del orgullo y honra profesional al verse desconocida, en contra de lo que usted manifiesta.

Como Presidente de este Centro que no tiene por guía más que el deseo de difundir la cultura por cuantos medios tiene a su alcance, y recogiendo el consejo que en el último párrafo nos dá—por cierto destilando bondad y humildad—no tengo más remedio que contrariar sus buenos deseos, pues precisamente uno de estos días, aparecerán las bases para un nuevo concurso literario en el que, si bien actuarán de Jurado socios de esta entidad y por tanto personas «incompetentes» no habrá, estoy seguro, concursantes tan agradables y cariñosos para esta Sociedad como en el pasado los hubo.

Como miembro del «Jurado calificador»—después de darle las gracias por el epíteto que veladamente me dirige—he de descubrir el secreto de la votación por cuyo resultado se le adjudicó el premio al señor Mayoral, aclarando que fui yo uno de los que le votaron, porque entendí, y sigo entendiendo, que dado el tema de «Costumbres, Belleza y Educación de la Mujer Castellana» queda sobradamente cubierto este requisito, cuando sin necesidad de decir si la mujer castellana es bella, de innata educación y buenas costumbres, con la ganancia del señor Mayoral se las ensalza en tal grado,—obrando en justicia—al presentarlas como arcas en las que siguen atesorando las excel. sas virtudes de las ilustres Teresa de Jesús e Isabel de Castilla.

Y por último, permítame, en justa reciprocidad, darle un consejo derivado de la poca consecuencia con sus actos. Persevere. Persevere y en vez de echar las campanas al vuelo dando a conocer que en un concurso literario se ha visto defraudada la conciencia de su propio valer, después de habernos negado el permiso correspondiente—de lo que creo no se habrá olvidado—para dar a conocer que había sido usted premiado con un accesit, y busque normas rígidas en que fundar sus actos para la tranquilidad de todos y paz de mi conciencia atormentada con sus amarguras.

Queda suyo afmo. s. s. q. e. s. m.,
Alberto Zancajo.

Arévalo y marzo, 13-936.

EL MOMENTO INTERNACIONAL

Se ha violado el Tratado de Versalles, dicen Inglaterra, Italia y Francia

No se llega a un acuerdo concreto respecto a los medios que se deben adoptar

Los firmantes de Locarno

LONDRES.—La primera jornada de las negociaciones de los firmantes de Locarno ha terminado con un resultado positivo: el reconocimiento oficial, no sólo por Bélgica y Francia sino por la Gran Bretaña e Italia, de que la ocupación de la zona desmilitarizada constituye una violación evidente del Tratado de Versalles.

Italia se asocia a la condena de Alemania

El Gobierno inglés reconoce que el «caso foederis» se ha puesto de manifiesto por iniciativa del señor Hitler. Las potencias garantes de Locarno deberán, pues, prestar su asistencia a los dos Estados garantizados en cuanto el Consejo de la Sociedad de Naciones, que se celebre el sábado, compruebe solemnemente la violación alemana. Se recuerda que el señor Eden, hablando el lunes en la Cámara de los Comunes, había limitado el apoyo de Inglaterra al caso de ataque alemán contra el territorio francés o belga, y que aquí podrá comprenderse el camino que hoy se ha adelantado.

El señor Grandi, en nombre del señor Mussolini, se asoció a la condena de Alemania, probando que Italia no quiere, ni indirectamente, asociarse, refugiándose en una abstención, a una iniciativa alemana.

Los delegados españoles

PARIS.—El ministro de Estado de España, don Augusto Barcia, ha conferenciado con los señores Madariaga y López Oliván.

El «Petit Parisien», al dar cuenta de su llegada, hace un bosquejo de su personalidad, haciendo resaltar que el Gobierno español, ante la gravedad de los acontecimientos sometidos al Consejo de la Sociedad de Naciones, juzga que el ministro de Estado debía asistir a las reuniones de Londres, donde tendrá ocasión de reunirse con los diferentes ministros de Asuntos Extranjeros en la capital de Inglaterra.

Varios periodistas franceses y extranjeros solicitaron ser recibidos por el señor Barcia; pero éste se negó a hacer declaraciones.

El señor Barcia, acompañado de los señores Madariaga, López Oliván y Bermúdez de Castro, marcha a Londres.

¿Desvalorización de la moneda alemana?

PARIS.—El corresponsal del «Echo de Paris» en Zurich, comunica: «La «Nueva Gaceta de Zurich» dice que el llamamiento de Hitler al pueblo alemán de 7 de Marzo, no está en relación con el mal estado de las finanzas del Reich. En Berlín circula insistentemente el rumor de que se está en vísperas de una desvalorización. Parece que ya está decidida y que sería de un tercio de la divisa.

Hasta ahora, los dirigentes del Reich han protestado contra estos rumores. Un gran éxito electoral permitiría al Gobierno alemán adoptar una decisión de tanta importancia como la desvalorización. El periódico suizo pone de relieve el hecho de que Hitler, en su discurso del sábado, haya declarado, al anunciar nuevas elecciones que el pueblo alemán debe, al sostenerle, darle la fuerza necesaria para asegurar el bienestar económico de Alemania. El diario ve en las palabras de Hitler una alusión a la desvalorización».

30.000 hombres a Renania

BERLIN.—El ministro de propaganda del Reich ha anunciado oficialmente que las tropas que ocupan Renania ascienden a 30.000 hombres, incluyendo a 11.000 policías incorporados al Ejército.

Las fronteras belgas

BRUSELAS.—La Comisión militar parlamentaria, bajo la presidencia

del ministro de Defensa, celebra todos los días sesiones.

Actualmente se discute la conveniencia de aumentar el número de guardias fronterizos de 63.000 a 67 mil, así como también la cuestión de aumentar los años de servicio en filas de los jóvenes conscriptos.

La aviación y la flota auxiliar inglesas

LONDRES.—El «Daily Express» anuncia que la Gran Bretaña es la primera nación que ha hecho el pedido de una flota de aviones que pueden ser dirigidos a distancia.

A este propósito el ministerio del Aire ha firmado un contrato con la Sociedad de construcciones aéreas Havilland, que comenzará a construir los aparatos dentro de unas tres semanas.

El ministerio del aire anuncia que cuatro escuadrillas de la flota aérea han sido adscritas a la flota aérea auxiliar, con lo que ésta estará integrada por un total de quince escuadrillas. Aún se aumentará durante el transcurso del año a diez y nueve escuadrillas, y formará una parte de las fuerzas defensivas de la metrópoli.

Un reclutamiento voluntario del ejército inglés

LONDRES.—El ministerio de la Guerra ha dirigido al pueblo un llamamiento en el que solicita que 1.000 hombres ingresen en filas durante un año.

A pesar de que el número de reclutas que se solicitan es mínimo, los diarios reproducen el llamamiento en grandes caracteres, probablemente porque significa la apertura de la campaña para el reclutamiento numeroso.

Una conversación entre Litvinoff y Flandin

—Los señores Litvinoff, comisario de Relaciones Exteriores de la U. R. S. S., y Flandin, ministro de Relaciones Exteriores de Francia, han estado conferenciando durante una hora en el hotel Savoy.

Se tiene entendido que Litvinoff expresó al ministro francés la fuerte oposición de Rusia a que Francia se avenga a negociar con Alemania mientras permanezcan las tropas alemanas en Renania, insistiendo sobre el hecho de que todo el porvenir de la Sociedad de Naciones dependía de una acción agresiva contra Alemania.

La Prensa francesa y alemana

PARIS.—La impresión de los periódicos sobre la primera reunión en Londres es satisfactoria.

La Prensa socialista dice que no serán necesarios grandes esfuerzos para llegar a una fórmula de acuerdo pues Inglaterra y Francia no pueden estar en divergencia.

BERLIN.—La Prensa alemana dice que Inglaterra se encuentra en la alternativa de decidirse por un sistema político europeo, que debe ser de Estados independientes, soberanos e iguales en el derecho.

Agregan que la crisis europea actual proviene de la indecisión inglesa mantenida hasta hoy.

Comedor de Caridad

Señores que se citan por si tienen la bondad de asistir a él, en la próxima semana.

Sacerdote: Don Miguel González Cornejo, sacristán mayor de la S. I. C.

Don Angel Araoz y familia, don Evilasio Bernaldo de Quirós y familia, señora viuda e hijos de don José Tomé; don Federico Cifuentes y familia, señora viuda e hija de don Lope Pérez, señoritas Teresa y Paula Herrero, don Castor Martín y familia.

Donativos

Don Gregorio Sánchez, veinticinco céntimos a cada pobre; una señora que oculta su nombre, 2 pesetas; otra señora piadosa, 2 kilos de tocino; unos señores, 30 kilos de arroz.

El conflicto italo-etíope

ASMARA.—Las tropas italianas que forman la avanzada del ejército de ocupación, tienen que ser abastecidas por medio de aviones. Al principio de la campaña los soldados y los equipos de obreros, encargados de la construcción de carreteras, avanzaban simultáneamente, con lo cual era fácil el aprovisionamiento por las carreteras recién construidas. Ahora, sin embargo, los soldados que marchan en la avanzada, van solos; como no hay carreteras que lleguen hasta los últimos puntos ocupados, todos los abastecimientos tienen que hacerse por avión.

Los aeródromos parecen verdaderos almacenes, pues están llenos de sacos de harina y cajas de carne en conserva, café, azúcar, limones, etc.

Los trimotores italianos despegan constantemente cargados de comestibles para hacerlos llegar a las columnas que prosiguen el avance. Estas tropas disponen de agua suficiente en la ruta que siguen, con lo cual se ha solucionado uno de los más graves problemas de aprovisionamiento.

Las columnas de avanzada siguen su marcha sin encontrar resistencia, a excepción de casos aislados. Algunas veces las patrullas que van en cabeza tirotean a bastante distancia a sombras que huyen.

Una ofensiva de Graciani

ROMA.—Se sabe de fuente fidedigna de Mogadiscio que el jueves por la mañana el general Graziani ha iniciado su gran ofensiva en todo el frente de Somalia. Los principales objetivos son Daggabur y Jijiga.

La ofensiva italiana

ADDIS ABEBA.—Ha comenzado una ofensiva en los frentes N. y S. por parte de las tropas italianas.

Parece que los aviones italianos pretenden descubrir el paradero del Negus.

El Rey Eduardo VIII anuncia su posible matrimonio

LONDRES.—Ha producido emoción en toda Inglaterra, la noticia de que el Rey Eduardo desea que la Cámara de los Comunes considere la posibilidad de su próximo matrimonio. Parece que el joven Monarca está dispuesto a dar pronto una Reina al pueblo inglés, y este propósito ha causado gran alegría. Los nombres de varias princesas europeas circulan como los de posibles candidatas a la corona de la Gran Bretaña, aunque de momento no puede asegurarse que el Rey haya elegido ya su esposa... Se asegura que Su Majestad Eduardo VIII sólo ha comunicado su propósito a una alta dignidad de la Iglesia anglicana, que guarda impenetrable reserva.

El texto del mensaje real en que se expresa el propósito que tanta sensación ha causado en Inglaterra, dice así:

«El cambio de corona hace necesario que se renueven las disposiciones relativas a la lista civil. Su Majestad pone a disposición de la Cámara de los Comunes, sin reserva alguna, las rentas heredadas de su predecesor y, al efecto, ha ordenado que se traigan a la Cámara, los documentos pertinentes para que sean examinados por los diputados.

Su Majestad desea que se tenga en cuenta la contingencia de su matrimonio, para que, en tal caso se designe la cantidad que ha de corresponder a la Reina, así como a su futura familia, de acuerdo con las disposiciones que la Cámara ha hecho en circunstancias semejantes en otra época. El Rey desea también que se señale lo que ha de corresponder a Su Alteza Real el duque de York como presunto heredero, así como a su familia.

Sin embargo, en tanto siga percibiendo el Rey las rentas del ducado de Cornwall, Su Majestad tiene la intención de cubrir con ellas la asignación del duque de York, así como sus propias necesidades hasta donde aquellas alcancen».

Sección religiosa

SANTORAL

MARZO

15

DOMINGO

III de Cuaresma. Santos Raimundo de Fitero, ab. Longino, Menigno, Ni c a n dro, Matrona, Leocricia, vg. Clemente, María Hofbauer.
La misa y oficio divino son del domingo III de Cuaresma, con rito semidoble y color morado.

CULTOS

Predicación Cuaresmal

S. I. Catedral.—Por la tarde, a las seis, rosario, sermón del Excmo. señor Obispo, exposición de S. D. M., estación, bendición y reserva.

Septenario de San José

San Pedro.—La Asociación de la Corte de San José dedica solemne septenario al glorioso Patriarca, Patrono de la Iglesia.

Por la mañana, a las ocho y media, misa rezada. Por la tarde, a las seis, exposición del Santísimo, rosario, sermón a cargo de don Juan Antonio Moreno, ejercicio del Septenario y solemne reserva.

Fiesta mensual del Niño Jesús de Praga

La Santa.—Celebra sus cultos mensuales con misa de comunión a las ocho, y a continuación el piadoso ejercicio de los siete domingos de San José; por la tarde, a las cinco rosario, ejercicio en honor de San José y del N. J. de Praga, plática por el P. Director Fr. Cipriano de S. José, cánticos por los niños de la Archicofradía, y procesión por el interior del templo.

Ejercicios Cuaresmales

San Juan.—Por la mañana misa a las ocho y media, diez y once y media. En San Esteban a las ocho.

A las ocho solemne Vía Crucis en la parroquia. Por la tarde, a las seis, ejercicio en honor de San José.

Santiago.—Por la tarde, a las seis y media, rosario y catequesis.

San Antonio.—A las ocho y nueve misas. Por la tarde a las cuatro el santo ejercicio del Vía Crucis, adoración de la Santa Cruz y bendición con el Santísimo.

SANTORAL

MARZO

16

LUNES

Santos Hilario, Agapito, Patricio Heriberto, obs.; Taciano, dc. Dionisio, Largo, Julián, mrs.; Mártires Canadienses, S. J.

La misa y oficio divino son de lunes, con rito simple y color morado.

CULTOS

Septenario de San José

San Pedro.—Continua como el día anterior, predicando don Diego H. Mangas, coadjutor de la parroquia.

Ejercicios Cuaresmales

San Juan. Misas desde siete y media a nueve y media. A las ocho solemne Vía Crucis.

Por la tarde, a las seis, rosario y ejercicio piadoso en honor de San José y Vía Crucis.

Santiago.—Por la tarde, a las seis y media, rosario y catequesis.

Arturo Canales

Entarimados del norte, plno rojo Cementos Cosme, Asland y Cangrejo Castelar n.º 3 Teléfono 45

¡REUMATICOS!

Si queréis curar radicalmente vuestros dolores, adquirid en vuestra farmacia el Tratamiento Antirreumático «KARMEL», de vende en todas las farmacias de AVILA

ESTUDIANTES

Cuadernos para apuntes, un solo color, a 0,35 el kilo
Imprenta de SENEN MARTIN



«El estómago es el manantial de alegría de la vida»
*
Cuidelo usted, con una buena alimentación y algunas cucharadas de DIGESTÓNICO
del Dr. Vicente
VENTA EN FARMACIAS

CUENTO DEL SABADO

El médico de Regalada

Era un médico que sabía mucho porque había aprendido mucho, y por todo, en Regalada, donde había con todos años que se había establecido, no dos años que hubiera malquistado a la Santaísima Virgen con San José si fuera posible!... ¡Y... no lo digo todo!

—Y además... amigos míos...
—Dispense «siño, doctor si le interrumpo... Mujer muerta, casa nueva. Rosalía me dejó tres nenes, se parecen a la madre y como los tenía encima, me volví a casar. Luego es inútil...
—Comprendido, conforme. Es evidente que sería para ti un suplicio muy atroz si tuvieras dos mujeres en casa. ¡Basta y sobra con una! Entonces resucitaré—pues hay que resucitar a alguno—vaya, al señor Eloy.
—¿Al señor Eloy de Tres Fontanas? preguntó Felipe Buen Puño.
—El mismo.
—¡Ay mi pobre padre!... Que Dios le dé el descanso «siño médico...» Por cierto un santo hombre. Pero... no lo resucite; porque si vuelve del otro mundo, hallará nuestros negocios muy embrollados y nuestro querido padre sufrirá mucho, ¡el que tanto gozaba de vernos de acuerdo! Después de muchos disgustos y de un largo pleito, y de andar casi a puñetazos, hemos dividido la hacienda en pequeños lotes. Somos seis, cuatro varones y dos hembras. Todos tenemos hijos y cada uno tira para sí... Bien lo ve usted, nadie está rico en la familia.
—¿Luego no es posible que lo resucite?
—No... porque si lo resucitara tendríamos que hacerle entre todos una pensión, lo cual sería muy justo. ¡Y los años, «siño doctor», son tan malos! Ya lo sabe usted, el capullo del gusano de seda no da más que niguas, las viñas están atacadas por la filoxera, las cosechas de trigo son casi nulas, las olivas salen picadas y no las quieren y la granza da mucho que hacer.
—Dejemos, pues, dormir al señor Eloy. Pero como no he venido aquí para ensartar perlas y vosotros para ver que no hago nada, despertaré... ¿A quién queréis que despierte?
—¡A mi Carolina! ¡resucítame a mi Carolina!—dijo entonces una buena mujer llorando como una Magdalena.
—No, no, señor médico, gritó una muchacha. ¡Ay, amiga mía, qué bien hiciste de morirte!... Al morir me lo contó todo, y después le puse su vestido blanco y flores en la cabeza. ¡Parecía una novia! Dejé a la muchacha en el campo santo, el novio se marchó con otra.
—¡Pobrecita, pobrecita Carolina!... ¿Pero sabéis que esto empieza ya a impacientarme?
Para acabar quiero resucitar a Genaro que hace un mes se tragó la lengua comiendo bacalao...

descanso y el mío! U... «siño doctor», tozuda como un asno, y vanidosa y corredora y cuentista y una lengua, una lengua viperina, «siño doctor» que hubiera malquistado a la Santaísima Virgen con San José si fuera posible!... ¡Y... no lo digo todo!

—Y además... amigos míos...
—Dispense «siño, doctor si le interrumpo... Mujer muerta, casa nueva. Rosalía me dejó tres nenes, se parecen a la madre y como los tenía encima, me volví a casar. Luego es inútil...
—Comprendido, conforme. Es evidente que sería para ti un suplicio muy atroz si tuvieras dos mujeres en casa. ¡Basta y sobra con una! Entonces resucitaré—pues hay que resucitar a alguno—vaya, al señor Eloy.
—¿Al señor Eloy de Tres Fontanas? preguntó Felipe Buen Puño.
—El mismo.
—¡Ay mi pobre padre!... Que Dios le dé el descanso «siño médico...» Por cierto un santo hombre. Pero... no lo resucite; porque si vuelve del otro mundo, hallará nuestros negocios muy embrollados y nuestro querido padre sufrirá mucho, ¡el que tanto gozaba de vernos de acuerdo! Después de muchos disgustos y de un largo pleito, y de andar casi a puñetazos, hemos dividido la hacienda en pequeños lotes. Somos seis, cuatro varones y dos hembras. Todos tenemos hijos y cada uno tira para sí... Bien lo ve usted, nadie está rico en la familia.
—¿Luego no es posible que lo resucite?
—No... porque si lo resucitara tendríamos que hacerle entre todos una pensión, lo cual sería muy justo. ¡Y los años, «siño doctor», son tan malos! Ya lo sabe usted, el capullo del gusano de seda no da más que niguas, las viñas están atacadas por la filoxera, las cosechas de trigo son casi nulas, las olivas salen picadas y no las quieren y la granza da mucho que hacer.
—Dejemos, pues, dormir al señor Eloy. Pero como no he venido aquí para ensartar perlas y vosotros para ver que no hago nada, despertaré... ¿A quién queréis que despierte?
—¡A mi Carolina! ¡resucítame a mi Carolina!—dijo entonces una buena mujer llorando como una Magdalena.
—No, no, señor médico, gritó una muchacha. ¡Ay, amiga mía, qué bien hiciste de morirte!... Al morir me lo contó todo, y después le puse su vestido blanco y flores en la cabeza. ¡Parecía una novia! Dejé a la muchacha en el campo santo, el novio se marchó con otra.
—¡Pobrecita, pobrecita Carolina!... ¿Pero sabéis que esto empieza ya a impacientarme?
Para acabar quiero resucitar a Genaro que hace un mes se tragó la lengua comiendo bacalao...

En ese día ya, mucho antes de la hora señalada, el cementerio estaba todo lleno, como la Iglesia en día de Pascua. Aún no había sonado el «Angelus» del medio día, cuando el médico, fiel a su promesa, llegó vestido de negro, con pantalón negro, sombrero negro y corbata blanca.
Pasó mal rato y tuvo que andar a codazos para abrirse camino hasta la cruz y lograr su puesto sobre el pedestal...
Saludó, tosió, escupió, y...
—Amigos míos, os he prometido resucitar un muerto; juro que cumpliré mi palabra. ¡Paciencia y un poco de silencio...! Una cosa os diré, y es que tan fácil me es resucitar a Gervasio como a Crispín, a Melchora como a Rosalía, a Nicasio como a Colás... ¿Queréis que resucite a Colás, cuyo apellido es... Cascadientes... que murió de una maligna pleuresía, luego hará un año?
—Perdone, «siño doctor», se apresuró a decir Celestina, la viuda del infeliz Colás. Verdad que fué un buen hombre, que me hizo dichosa, y que lo lloraré mientras Dios me guarde los ojos, pero... no lo resucite. Quiero quitarme el luto a fin de mes.
—¡Y bien!
—Pues bien, quieren que me case con Baldomero. De hoy en ocho días nos amonestarán—primera y última amonestación—y ya tengo los regalos de boda.
—¡Ah, qué bien haces, Celestina, de advertirme por esta vez!...
Conforme. ¿Y si resucitara a Rosalía la Regañona, que enterrásteis el día de la Candelaria?
—Va se guardará usted de hacerlo «siño médico», murmuró Bartolo el alguacil. Rosalía fué mi mujer. ¡Pasamos juntos diez años, de Purgatorio! Bien lo sabe todo Regalada. ¡Que Rosalía se quede donde está para su

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

Complejo de ilusionismo

Los que vivieron en la muy leal villa de Regollo del Meján allá por los primeros años del siglo (no recuerdo exactamente la fecha, pero hay que situarla, desde luego, dentro de la primera década de esta centuria), no olvidarán fácilmente el desenlace de aquel curioso pleito que mantuvieron los herederos de Juan Rodríguez con los descendientes de José Pérez.
Ustedes tal vez lo recordarán también, porque de ello hablaron largamente los periódicos de la época. En realidad, el pleito lo planteó el abuelo de Juan Rodríguez al abuelo de José Pérez. Mas... ya se sabe lo que ocurre con esas cosas del pleitear: murieron ambos litigantes y sus hijos, y la resolución judicial sólo los hijos de sus hijos pudieron conocerla. Los nietos de José Pérez—dictaminó la Justicia—, tenían «mejor derecho» que los nietos de Juan Rodríguez a utilizar para el riego las aguas de cierto canalillo.
Claro es que, cuando se falló el pleito, del canalillo no quedaba ya más que el cauce, y aún éste utilizado para muy bajos menesteres por las gentes, pues que veinte años antes fueron desviadas sus aguas, en la montaña, donde nacían, por otro propietario con magnífico derecho a realizar la obra; pero, de haber continuado transportando el líquido elemento, justo es reconocer que las tierras de los nietos de José Pérez no hubieran sido tan de secano como las de los nietos de Juan Rodríguez.
Mientras el litigio se tramitaba, ambas familias iban cimentando concienzudamente una honda enemistad, que había de ir creciendo a través de las generaciones.
—¡Ay, si ganamos el pleito!...—aseguraban los herederos de Juan Rodríguez—. Si ganamos el pleito, todos los Pérez del pueblo van a ir de cabeza al canalillo.
El augurio de los descendientes de José Pérez, no era más benévolo:
—Si el juez nos dá la razón—proclamaban—vamos a ahogar a los Rodríguez, como ratas. ¡Como nauseabundas ratas!
¿Es—podrá preguntarse el lector—que los Rodríguez y los Pérez ignoraban el hecho de que del agua en discusión no quedaba ya, por aquellos contornos y por tales calendas, nada más que el recuerdo? No; ambas familias lo sabían; y lo sabía además, claro está, el pueblo entero. Pero condición humana es pelear, aunque del origen, del motivo de la discordia, lleguen a olvidarse los reñidores, y vengan los galgos y se los coman, si son conejos, o vaya el enfermo y se les muera, si son médicos en consulta.
Todo el pueblo lo sabía, y mientras la mitad del vecindario tomaba partido por los Pérez, la otra mitad se ponía de parte de los Rodríguez. La mitad, justamente; pero como estos últimos eran más ricos y bullían

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite, no podríamos criar dos, pues somos pobres para pagar una nodriza.
Entonces el médico:
—Basta ya de palabrerías. Ya que no queréis que haga hoy un milagro, probaré hacerlo otro día, no resucitando un muerto, pues eso en verdad me es imposible... bien lo veis, sino protegiendo, defendiendo y conservando vuestra vida cuando la muerte llegue a cogerlos. Adiós, hasta la vista.
Y se fué glorioso y triunfante. ¿Dudáis que desde ese memorable domingo no hizo el médico milagros en Regalada? ¡Es cierto que no resucitó un muerto, pero salvó la vida de mucha gente!
Los de Regalada pusieron en él toda su confianza porque en fin, decían, si no cumplió en el camposanto lo que prometió, no fué falta suya.
Y ahí tenéis amables lectores, una historia de las raras en que no se habla mal de los médicos, tal y como me la contó «El Peregrino», paseándose una mañana por la encantadora playa de Biarritz.
Pierre L'Ermite.

—No quiero, no quiero, exclamó Maximina, levantando los brazos al cielo. Me vendió su viña y su casa a plazos mientras viviera. Pagué más que valían durante diez años en dinero contante y nunca le faltó un perro chico. Tendría que seguir pagándole, lo cual no sería justo, señor médico.
—No lo sabía... conforme. Escuchadme. Conozco uno que murió sin dejar ni mujer, ni hijos, ni hermano, ni hermana, pero que fué modelo y ejemplar de virtud y que dejó sus cuatro pesetillas al hospital. Vuestro querido párroco a quien tanto amábais, y a quien tanto llorásteis. ¡Si lo resucitáremos!...
—¡Ah! no, no, dijeron algunas jóvenes beatas. No, no, señor médico...
—Gracias a Dios, dijo Isidoreta, la presidenta de la Congregación... Gracias a Dios, el pobre hombre era viejo y sordo... Déjelo en la gloria de Dios. Tenemos ahor un cura que consigue cuanto desea, que es bueno como el pan, que canta como cañón de órgano, que predica como un serafín y que conoce la aguja de marear...
—¿Entonces qué os diré?... Ya que es así nos volveremos hacia el otro lado. Allí veo una cruz de madera; se creería que florecía la hierba, tantas había a su derredor. Es la tumba de un niño; diez meses tenía cuando murió; lo dice la inscripción. Cometeríamos un pecado si lo resucitásemos; es tan feliz estando muerto, no viviendo en un mundo en el que se oyen... todo lo que me contáis, amigos míos. Pero si queréis, estoy dispuesto a resucitarlo.
—«Siño doctor», dijo entonces una pobre vieja llorando, ese niño es nuestro, ¡ay! yo soy su abuela. Mi hija no lo había destetado aún, y cuando se murió comenzaban a salirle los primeros dientes. ¡Ay, si hubiera visto usted qué hermoso era! ¡Se nos lo llevó Dios, pues bien, cúmplase su voluntad!... Ahora tenemos otro de pechos; Dios hace bien lo que hace, y devuelve con una mano lo que se lleva con la otra. No lo resucite,

AVILA AL DIA

Sorteo de regalos

Mañana, después de los cultos que se celebrarán en la iglesia de Padres Carmelitas, serán impuestas las medallas a los niños nuevos asociados de la Archicofradía del Niño Jesús de Praga, y se sortearán caprichosas ces- titas de dulces y valiosos regalos entre los pequeños que asistan a la fiesta.

¡ATENCIÓN!

Acaba de llegar a esta ciudad naranja superiorísima de Orihuela, el que quiera comprar naranja buena y dulce de Orihuela que vaya a la estación y se convencerá Valentín Vergara.

Electra Abulense

Por acuerdo del Consejo de Administración de esta Sociedad y con arreglo a lo dispuesto en el artículo 15 de los Estatutos, se convoca a Junta General ordinaria de señores accionistas para el día 31 de los corrientes, a las doce de la mañana, en la Avenida del Conde de Peñalver, número 23, principal, con el siguiente orden del día.

Primero. Examen y aprobación, si procede, de la Memoria, Balance, cuenta de Pérdidas y Ganancias y gestión del Consejo durante el ejercicio de 1935.

Segundo. Distribución de beneficios.

Tercero. Renovación del Consejo. Los señores accionistas que deseen asistir deberán depositar sus acciones antes del día 28 en la Caja social, Plaza de la Lealtad, número 3, o en las oficinas de Avila, Tomás Luis de Victoria, 15.

Madrid, 13 de Marzo de 1936. José Luis Bas y Rivas Administrador-Delegado.

Zapatería de Matallana Composturas en el día a cualquier precio

(Viene de la página anterior) ció el joven de carácter? Según el plan en que hemos encajado los libros del doctor Tóth, es uno de los que forman el grupo «juventud». Para nuestros lectores, es el primero traducido al español. Despréndese de alguna nota que en él hemos leído que pronto tendremos bellamente traducidas, como ésta, todas sus demás obras.

El plan de las que nos ocupa es sumamente sencillo: I. ¿Qué es el carácter?—II. ¿Qué obstáculos lo impiden?—III. ¿Qué medios lo desarrollan? Pero lo notable, en la exposición, es la riqueza y perspicacia del fondo, y la galanura, verdaderamente juvenil, de la forma. Con razón dice el autor: «Todas las líneas de este libro fueron dictadas por el amor que profeso a tu alma y por la convicción de que es un deber, de valor perenne, llenar a un alma joven de nobles ideales». No es este libro pasivo que solo se deja leer, sino activo, que habla al corazón con el lenguaje del joven; no es libro vacío de ideas que respondan a las necesidades de su alma, sino libro donde el joven se reconoce a sí mismo y del cual confiadamente se deja guiar; es la franqueza solícita y afectuosa; la sabia táctica y la profunda intuición; la amenidad y el interés. Es para el joven la fortaleza de sus tendencias generosas, su justo aquilatación, y la necesaria añadidura del vigor sobrenatural.

Lealmente decimos que nos ha sorprendido el sentido moderno de esta obra de autoeducación, en la que se traban admirablemente todos los resortes, naturales y sobrenaturales —en su desequilibrio de tensión solía estar el defecto—, que pueden empujar a los jóvenes en la preciada conquista de un verdadero carácter.

Información municipal

El presidente de la Comisión de Policía Urbana con el inspector señor García, y el médico señor Galán han girado visita a los establecimientos de bebidas para inspeccionar si se hallan en condiciones higiénicas. Según las noticias que hasta nosotros llegan, parece que se ha decretado la clausura de algún establecimiento que carecía de agua corriente.

Lesionados

En la clínica de la Cruz Roja han sido asistidos José María Iglesias de lesiones en el pie derecho, y Eloy Jiménez que presentaba heridas en la región superciliar que produjo al caerse.

Hallazgo de un cadáver

En las inmediaciones del pueblo de Medinilla fué encontrado el cadáver del vecino Esteban García, de oficio arriero. Se ignora si se trata de un accidente.

El Juzgado instruyó diligencias.

A disposición del Juzgado

La Guardia civil ha puesto a disposición del Juzgado a María Fernández por haber introducido ganado de su pertenencia para que pastara en una finca particular.

Denunciados

La Guardia civil ha denunciado a Dolores Franco por carecer de patente en un automóvil de su propiedad; a Modesto García por dedicarse a la caza con reclamo y a tres vecinos de Lanzabita por infracción a la ley de montes.

Audiencia provincial

Se suspende la causa contra el que mató a una mujer en Hoyo de Pinares

Para hoy estaba anunciada la vista de la causa contra Francisco de Pablo, quien el pasado día 20 de febrero dió muerte a una mujer en el pueblo de Hoyo de Pinares. Defendía al procesado el ex ministro señor Velayos y de acusador privado actuaba el abogado señor Rodríguez Cabrera.

La causa fué suspendida a petición del letrado defensor, por estimar que el reo tiene perturbadas sus facultades mentales. El procesado será reconocido por los médicos.

DEL MOMENTO POLITICO

Ampliación del Consejo de ministros de la mañana de ayer y el Consejo de la tarde

Una impresión política de "El Liberal" de Bilbao

Los Consejos de ayer

MADRID.—En el Consejo de esta mañana informaron los ministros de la Gobernación, Justicia y Hacienda. Como los demás ministros no pudieron hacerlo, se acordó celebrar una nueva reunión por la tarde.

El ministro de la Gobernación informó sobre el orden público, y predominó el criterio de levantar la censura de la Prensa después de abiertas las Cortes.

El ministro de Justicia habló de la amnistía y de los procesos que se derivan de la represión de los sucesos de Asturias, afirmando el más absoluto respeto a las actuaciones de los Tribunales.

Sobre las elecciones municipales

Por lo que se refiere a las elecciones municipales, el ministro de la Gobernación dijo que el decreto de convocatoria llevará un largo preámbulo para justificar interesantes reformas que se introducirán, entre las cuales figuran los puestos que se reservarán a las mayorías, que serán los correspondientes al 60 por 100, en vez del 80 por 100 que han tenido hasta ahora, con lo cual se beneficiarán las minorías. También se reducirá el número de concejales. En Madrid, en vez de cincuenta, serán treinta y dos.

ECOS DE SOCIEDAD

Necrológica

En un tránsito apacible, y edificantemente resignado a las divinas disposiciones, ha traspuesto los umbrales de la eternidad el ilustre sacerdote, arcediano de la S. A. I. Catedral, don Emilio Sánchez Martín. La penosa dolencia que hace ya tiempo venía minando la robusta complexión de tan benemérito sacerdote tuvo en las primeras horas de la noche de ayer el funesto desenlace, que hace ya días se temía, logrando truncar la vida ya provecta en años y en méritos del que por su apostolado fecundo y por sus relevantes virtudes fué honor del clero abulense y lustre y prez del Cabildo catedralicio.

Es punto menos que imposible escribir una exacta semblanza como sacerdote y hombre de letras del ilustre arcediano difunto. Nos limitamos por ello a encerrar en ligeras pinceladas la fisonomía moral del virtuoso don Emilio.

Cursada con gran aprovechamiento la carrera eclesiástica en este Seminario Conciliar de Avila y perito en las sagradas disciplinas, después de regentar con alto celo y ejemplaridad importantes iglesias, fué encomendada a su cuidado la dirección espiritual del Seminario, en cuyo desempeño dió satisfactorias muestras de prudencia y tacto, siendo guía experto y padre cariñoso de numerosos escolares, que bendicen hoy su memoria porque les supo dirigir por los

El Consejo de la tarde

El Consejo de la tarde de ayer terminó a las once de la noche. A la salida, los ministros se limitaron a decir que habían dedicado largo rato a despachar expedientes administrativos.

El ministro de la Gobernación manifestó que había estado casi toda la tarde en la Presidencia, y marchaba a su departamento a enterarse de lo que ocurría.

El señor Azaña dijo que todas las noticias referentes al orden público serían facilitadas en Gobernación.

El ministro de Trabajo facilitó la referencia de lo tratado, en la que figuran, entre otros, los siguientes asuntos:

Justicia.—Varios decretos en relación con procesamientos por la represión de los sucesos de Asturias.

Guerra.—Proponiendo el cese del general López Ochoa en el cargo de inspector general del Ejército. Pase del general Millán Astray al Cuerpo de Inválidos.

Instrucción.—Se acordó establecer el certificado de estudios primarios al terminar la escolaridad obligatoria.

Se aprobaron otros decretos que se mantienen reservados hasta que los conozca el Presidente de la República.

Preguntado el señor Ramos si habían adoptado algún acuerdo sobre el orden público, contestó que no procedía, porque son facultades que competen al Gobierno, sin necesidad de acuerdo.

El señor Lara dijo que no se había acordado adoptar ninguna medida extraordinaria.

El próximo Consejo se celebrará el martes.

La embajada del Vaticano

BILBAO.—La impresión de la jornada política en Madrid, que publica «El Liberal» de Bilbao y que se atribuye a Indalecio Prieto, contiene hoy dos puntos importantes. En el primero se dice que el Gobierno va a comenzar en breve las gestiones cerca de la Unión Soviética para renovar nuestras relaciones diplomáticas. También dice que está tratando, en entrevistas con el Nuncio de Su Santidad, del «modus vivendi» que, según el articulista, ha propuesto el Cardenal al Gobierno. Este no tiene inconveniente en llegar a un acuerdo con el Vaticano; pero no tiene tampoco más que un posible embajador cerca de la Santa Sede, don Luis Zulueta, que en 1932 no mereció el placet del Vaticano.

camino de la virtud y del cumplimiento de las obligaciones del propio estado.

Sus méritos fueron premiados con un beneficio en la S. I. C. previas brillantes oposiciones. Y más tarde, le fué conferida la dignidad de arcediano por reconocimiento oficial de las relevantes prendas intelectuales y morales que le adornaban y distinguían.

Fué el señor Sánchez Martín de trato afectuoso, simpático y cortés. de conversación amenisima y culta, nutrida de los elevados pensamientos que brillan en sus escritos numerosos, pues aparte de las atenciones de orden espiritual a que estaba consagrado en la dirección de las almas, el señor arcediano, acuciado por un gran espíritu de sacrificio y amor al trabajo, llegó a escribir obras de gran estimación, algunas de ellas premiadas en certámenes públicos, como el trabajo literario «¿Es Santa Teresa, en el sentido teológico y canónico de la palabra, de hecho y de derecho, Doctora Mística de la Iglesia Universal?» y otras que lograron elogios unánimes de insignes teresianistas como «La Santa de los seráficos amores eucarísticos», «Santa Teresa, Patrona de Intendencia y espejo de virtudes militares», «Santa Teresa y los sacerdotes», «Santa Teresa y la Eucaristía», porque don Emilio era un gran enamorado de Santa Teresa, de cuyo espíritu estaba embebido y no podía menos de acusarlo en sus desahogos literarios, muchos de los cuales aparecieron en forma de artículos en este diario, que se honró muchísimas veces con la firma del docto teresianista y fecundo escritor.

Dirigió con notable acierto importantes asociaciones, como el «Apostolado de la Oración» del cual era últimamente director diocesano y a esta devoción salvadora dedicó un importante folleto cuya edición se vió pronto agotada, titulado «El Apostolado de la Oración, tal como lo práctico y dejó establecido Santa Teresa entre sus hijas».

Escribió también una interesante obra, vindicando la tradición sobre la venida de San Segundo a Avila en la que muestra un profundo conocimiento de la historia y, sobre todo, un amor intenso a las católicas tradiciones patrias.

Consagró sus esfuerzos a otras actividades, como la Caja de Ahorros, de la que fue presidente durante muchos años con una labor dinámica de gran eficacia benéfica social. Y actualmente ostentaba la presidencia de la Editorial Católica Abulense, cargo que le fué otorgado por la confianza que merecían sus altas cualidades a los socios de la importante entidad.

El ilustre finado gozaba de grandes simpatías en toda la diócesis de Avila y las muestras de sentimiento y consideración que han dado a su muerte el Prelado, el Cabildo Catedral, el clero todo y personas en subido número, son otros tantos testimonios rendidos a la virtud y méritos del difunto arcediano, que a buen seguro ha recibido de la eterna Justicia el galardón de los justos.

Esta tarde ha tenido lugar el acto de conducir a la última morada el cadáver del extinto.

Concurrió el Ex. mo. Cabildo Catedral con Cruz alzada. Figuraban en las presidencias del duelo los Excelentísimos señores obispos de Avila y del Tonkin, el hermano del finado don Eleuterio, y los sobrinos don Emilio Antonio, don Felicitísimo y don Narciso, a quienes acompañaban el Consejo de Administración de la E. C. A. representado por el vicepresidente don Casimiro Hernández, el secretario don Julián Fuentetaja y don Cesáreo Palacios; la redacción y ad-

SANCHEZ PRIETO (Médico)

PIEL - VENEREAS - SIFIS

Información de última hora

De nuestro servicio especial: «Prensa Asociada»

En la Presidencia

MADRID 14, 4,30 tarde.—El jefe del Gobierno fué visitado esta mañana por el ministro de Obras y los diputados catalanes que fueron a hablarle de su actuación en el Parlamento.

A la una y cuarto salió el señor Azaña marchando al Palacio Nacional para despachar con el Presidente de la República.

Al regresar al palacio de la Castellana dijo a los informadores que tenía especial interés en hacer constar que el jefe que intervino ayer en los sucesos de la calle del Caballero de Gracia es un bizarro militar a quien conoce hace tiempo.

Luego el señor Azaña explicó lo sucedido en la forma siguiente:

Dicho jefe oyó que de una casa de la calle antes citada partían voces de auxilio, y detuvo al que maltrataba a la persona que gritaba. Un mal intencionado lanzó la insidia contra el citado jefe, y he de proclamar su honorabilidad.

Homenaje a Gómez Ulla

Esta mañana se celebró en el ministerio de la Guerra el homenaje al doctor Gómez Ulla, pronunciando

discursos el ministro, el general Gómez del Barrio, y el homenajeado. Este dijo que los aplausos que se le han tributado se los ofrecía al Cuerpo de Sanidad Militar, y dedicó grandes elogios a las Hermanas de la Caridad del Hospital Militar a las que llama sus colaboradoras.

Sin noticias en Gobernación

Por encargo del ministro de la Gobernación recibió a los informadores el director de Seguridad quien dijo que carecía de noticias para la Prensa

En Comunicaciones

El director general de Telecomunicación recibió a los periodistas a los que dió cuenta de los proyectos que tiene en estudio para mejorar al personal de Telégrafos, y las reformas que piensa introducir en las salas de aparatos donde se trabaja dijo, en condiciones casi inhumanas.

En Instrucción

El ministro de Instrucción dijo esta mañana a los informadores que había recibido algunos informes de provincias para la sustitución de la enseñanza religiosa.

También dijo que había conferenciado con el alcalde de Barcelona, y que en breve irá a Cataluña para estudiar el problema de la enseñanza en dicha región.

ESTE NUMERO HA SIDO VISADO POR LA CENSURA

Por no poderlo atender se traspasa el acreditado establecimiento de calzados de la viuda de don Baltasar Alvarez, sito en la plaza de la Constitución núm. 8. Razón en el mismo o en Constitución 5.

ministración de EL DIARIO DE AVILA en pleno, elementos del Consejo de la Caja de Ahorros de cuya entidad el finado era presidente honorario, los padres Carmelitas, siguiendo después una gran manifestación de duelo en la que figuraban numerosísimas personas de todas las clases sociales muchos sacerdotes y representaciones de las órdenes religiosas.

En el atrio de San Vicente la capilla de la Catedral cantó un responso, rezando otro el Excmo. Sr. Obispo de Avila.

Hasta el cementerio siguieron en automóviles comisiones del Cabildo Catedral, de la Caja de Ahorros y de la E. C. A.

EL DIARIO DE AVILA se asocia de todo corazón al dolor que alige a los familiares del que fué su presidente, y les desea resignación cristiana para sobrellevar tan sensible desgracia, y pide a sus lectores una oración por el eterno descanso del alma del finado.

También en Monsalpe ha dejado de existir repentinamente, a consecuencia de una embolia cerebral, la distinguida señora doña Benita Rodríguez, esposa del prestigioso secretario de aquel Ayuntamiento, don Nicolás Rodríguez. Su muerte ha sido muy sentida en aquella localidad donde era estimadísima por las cualidades piadosas que la adornaban.

A su viudo y demás familia les enviamos nuestro sentido pésame.

Traslado

Ha sido trasladado a la Comandancia de la Guardia civil de Valladolid el teniente coronel primer jefe de la de Avila don Eusebio Ruiz Guerra, Para sustituirle se designa al de igual categoría don Antonio Carpallo Fargallo.

LEA USTED El Diario de Avila

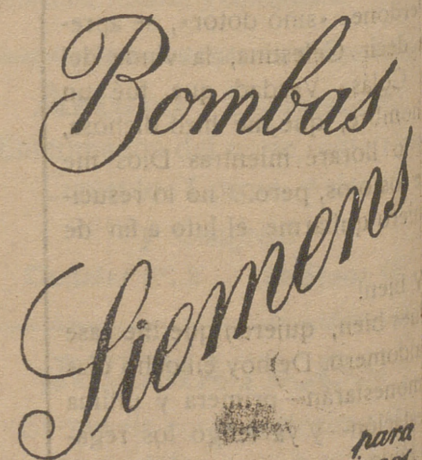
El cine Películas anunciadas «El Conde de Montecristo».—Versión: Española (dobles). Distribuidor: Artistas Asociados.

Una nueva adaptación del novélon de Dumas de igual título.

Los mayores peligros de esta cinta están en presentar de manera descarada unos tipos inhumanos desprovistos de toda noción de justicia, que coinciden en su acción social con la función directora. Pero no vamos a descubrir ahora la revolución francesa ni su literatura francamente morbosa. Señalamos tan solo que esto que ligeramente se ha conceptualizado muchas veces como inocente folletín de aventuras, es la historia de una venganza cruel disfrazada con ideas redentoras.

No es adecuada para públicos populares de ingenuidad siempre propicia a todas las sugerencias.

Estación Meteorológica de Avila Observaciones del día 14 de marzo de 1936: Máxima, 11,0. Mínima, 3,0.



PRESUPUESTOS SIN COMPROMISO Siemens Industria Eléctrica, S. A. Barquillo, 38. MADRID